

De la Cruz dice la Esposa  
á su querido,  
que es una palma preciosa  
adonde ha subido:  
y su fruto le ha sabido  
á Dios del cielo,  
y ella sola es el camino  
para el cielo.

Es la Cruz el árbol verde  
y deseado,  
de la Esposa que á su sombra  
se ha sentado:  
para gozar de su amado  
el Rey del cielo,  
y ella sola es el camino  
para el cielo.

Es una oliva preciosa  
la Santa Cruz,  
que con su aceite nos unta  
y nos da luz:

alma mía, toma la Cruz  
con gran consuelo,  
que ella sola es el camino  
para el cielo.

El alma que á Dios está  
toda rendida,  
y muy de véras del mundo  
desasida:

la Cruz le es árbol de vida  
y de consuelo,  
y un camino deleitoso  
para el cielo

Despues que se puso en Cruz  
el Salvador,  
en la Cruz está la gloria  
y el honor:  
y en el padecer dolor  
vida y consuelo,  
y el camino más seguro  
para el cielo.

olivo para repartir á las religiosas y dos velas; acabada la recreacion, la prelada da á adorar á todas la Santa Cruz, y acabado se empiezan á cantar las coplas con un tono muy devoto, y van en procesion cada una con su ramo de olivo en las manos, por los cláustros hasta el enterramiento, adonde se concluye y se echa un responso por las ánimas, y los ramitos se fijan en las sepulturas.

En estas mismas coplas (que son de las primitivas y se conservan en esta santa casa de Soria) están tambien lo que nuestra santa Madre las encargó á estas sus hijas al tiempo de despedirse, diciéndolas: hijas mías, por lo que las quiero y amo las encargo tres cosas: la primera observancia regular: la segunda, obediencia á los prelados; y la tercera caridad unas con otras; y si las cumplís, las ofrezco que las dará Dios el espíritu doblado como á nuestro padre San Eliseo por haberse fundado esta casa en su día.

Estas coplas y avisos las han visto y confirmado los prelados por de nuestra santa madre, en particular N. M. R. P. general fray Manuel de Jesús María y José.

No habiéndose recibido á tiempo para incluir las en el tomo III, se las coloca aquí: en otra edicion se podrá rectificar la colocacion.

Caminemos para el cielo,  
monjas del Carmelo:  
abracemos bien la Cruz,  
y sigamos á Jesús,  
que es nuestro camino y luz  
lleno de todo consuelo,  
monjas del Carmelo.

Si guardais más que los ojos  
la profesion de tres votos,  
libraros han de mil enojos,  
de tristeza y desconsuelo,  
monjas del Carmelo.

El voto de la obediencia  
aunque es de muy alta ciencia,  
jamás se le hace ofensa  
sinó cuando hay resistencia:  
de ésta os libre Dios del cielo,  
monjas del Carmelo.

El voto de castidad  
con gran cuidado guardad,  
á solo Dios desead  
y en el mismo os encerrad  
sin mirar cosas del suelo,  
monjas del Carmelo.

El que llaman de pobreza,  
si se guarda con pureza,  
está lleno de riqueza  
y abre las puertas del cielo,  
monjas del Carmelo.

Y si así lo hacemos,  
los contrarios vencerémos  
y á la fin descansarémos  
con el que hizo tierra y cielo,  
monjas del Carmelo.

#### NUMERO XXXIX.

Fundacion del convento de Carmelitas Descalzos de Granada, por la venerable Ana de Jesús.

1. Mándame vuestra reverencia escriba la fundacion desta casa de Granada. Como tengo tanta flaqueza de cabeza estoy tan sin memoria, que no sé si me he de acordar: diré lo que me acordare.

2. El mes de Octubre de ochenta y cinco hizo cuatro años que el padre fray Diego de la Trinidad (que esté en gloria) siendo vicario Provincial por vuesa reverencia, fué á visitar el convento de Veas, donde habia tres ó cuatro meses, que ya yo no era priora, y estaba muy enferma, y con verme así el padre visitador, comenzó á tratar muy de véras, viniésemos

á fundar á Granada, porque muchas personas graves, y doncellas principales y ricas se lo pedian, ofreciéndole grandes limosnas.

3. A mí me pareció que su buena fe le hacía creer ayudarían con algo, y así le dije, que lo tenía por palabras de cumplimiento, y que no habría nada de lo que decían, ni el arzobispo de allí daría licencia para fundar monasterio pobre, donde tantos había de monjas, que no se podían sustentar, por estar Granada destruida, y ser los años muy estériles. Y aunque el padre veía era verdad lo que le decía, con la gana que tenía de que se hiciese este convento, volvía á afirmarse en sus esperanzas, diciendo que el licenciado Laguna, oidor de esta Audiencia, le había ofrecido de favorecerle mucho, y de secreto el padre Salazar de la Compañía de Jesús, diciendo que ellos alcanzarían la licencia del arzobispo.

4. Todo lo tuve por incierto, como lo fué; aunque de ver al padre poner tanto en ello, lo encomendaba mucho á Dios, y pedía á las hermanas le suplicasen nos diese luz de si convenia. Díónosla Su Majestad bien clara, de que ninguna comodidad, ni favor humano había entonces; mas que como se habían fundado otras casas en confianza de su divina providencia, se fundase ésta, que él la tomaría muy á su cargo, y se serviría mucho en ella. Cuando se me ofreció esto, acababa de comulgar, y había tres semanas que el padre visitador estaba allí dando y tomando, en que se hiciese.

5. Yo con todas las dudas y excusas que he dicho, me resolví en aquel punto que acabé de comulgar y dije á la hermana Beatriz de San Miguel, que era portera, y también había comulgado conmigo: «Ella crea que Dios quiere se haga esta casa de Granada; por eso llámeme al padre fray Juan de la Cruz, para decirle, como á confesor, lo que Su Majestad me ha dado á entender.» En diciéndoselo en confesion al padre fray Juan de la Cruz, que era mi confesor, le pareció diésemos cuenta al padre visitador, que estaba allí, para que luego se escribiese á vuesa paternidad, para que con su licencia se efetuase, y aquel mismo dia se determinó y despachó todo lo que para esto era menester, con gran contento de los padres, y de todo el convento, que supo se concertaba la fundacion.

6. Escribimos á vuesa paternidad, y á nuestra santa Madre *Teresa de Jesús*, pidiendo cuatro monjas de allá de Castilla para la fundacion, y á nuestra santa Madre que la viniese á hacer, como íbamos tan confiados, en que se había de cumplir. Procuramos que fuese el padre fray Juan de la Cruz con otro religioso, y llevase todo recado para traer las monjas. Y así fué desde Veas á Avila á nuestra santa Madre *Teresa de Jesús*; desde allí enviaron un mensajero á vuesa Paternidad, que estaba en Salamanca. En viendo las cartas, concedió lo que pedíamos, remitiendo á nuestra santa Madre diese las monjas que le pareciese de las que decíamos eran menester.

7. Dió su reverencia dos de la casa de Avila, á la madre María de Cristo, que había sido priora allí cinco años, y á la hermana Antonia del Espíritu Santo, que era una de las cuatro primeras que recibieron nuestro hábito de Descalzas de San José de Avila; y de la casa de Toledo á la hermana Beatriz de Jesús, que también era antigua en religion, y sobrina de nuestra santa Madre. Su reverencia no pudo venir, por estar de partida para la fundacion de Búrgos, que se hizo al mismo tiempo, y había mucho que me escribía su reverencia, que esto de Granada no había de venir á ello cuando se hiciese, porque creía que quería Dios lo hiciese yo.

8. A mí me pareció imposible verme sin su reverencia en ninguna fundacion; y así sentí mucho el dia de la Concepcion de Nuestra Señora, que llegaron las monjas á Veas sin ella. Leí una carta suya que me traían, en que decía, que por solo mi contento quisiera poder venir, mas que nuestro gran Dios mandaba otra cosa, que ella quedaba muy cierta se había de hacer todo muy bien en Granada, y me había de ayudar su Majestad mucho, y así se comenzó á padecer luego en lo que se sigue.

9. El padre vicario provincial, fray Diego de la Trinidad, mientras fueron á Castilla por las monjas, se vino á Granada á negociar las comodidades, que de esperanza tenía por ciertas para escribir, que cuando las tuviese en obra, viniésemos. El santo debió de trabajar harto, porque se cuajase algo de lo que le habían ofrecido, y alcanzar licencia del arzobispo: no tuvo remedio de que se le concediese nada; y en fe, que la

tenía buena, no hacía sinó escribir á Veas muchas comodidades de las que le ofrecían habia.

10. Yo me reía y le escribía no hiciese caso de aquello, sinó que nos alquilase una casa cualquiera en que entrásemos, porque eran ya venidas las hermanas de Castilla. El pobre andaba fatigado, porque ni áun esto hallaba, y aunque habia ido á hablar al arzobispo, y ayudádose con él de dos oidores los más antiguos, que eran don Luis de Mercado y el licenciado Laguna, no habia orden de que el arzobispo quisiese admitir nuestra venida, ántes mostraba mucho disgusto, con palabras muy ásperas.

11. Decía que quisiera deshacer cuantos monasterios de monjas habia, y que en tales años, ¿qué cosa era le quisiesen traer más monjas? viendo era la esterilidad de manera, que no se podian sustentar, y otros dichos harto desgraciados. Quedábanlo mucho estos señores oidores, que hablaban en ello, como veían lo mucho que escribíamos de Veas, dando priesa, y diciendo lo poco que nos bastaba para diez monjas que habíamos de venir. De secreto ayudaban al padre, y dieron favor, para que un jurado de aquí le alquilase una casa. Cuando la tuvo, nos escribió viniésemos, harto afligido de ver no tenía más que aquello. En Veas estábamos esperando, muy determinadas de venirnos con cualquier palabra que el padre dijese para poderlo hacer: así lo habíamos tratado el padre fray Juan de la Cruz, y las hermanas que estaban allí á 13 de Enero.

12. Y estando con esta esperanza, entré á rezar á la hora de oracion, que á las tardes acostubrábamos tener pensando en aquella palabra del Evangelio, que dice en el bautismo Cristo á San Juan: «A nosotros nos conviene cumplir toda justicia.» Y bien recogida el interior en esto, y olvidada de la fundacion, comencé á oír una gran gritería de muchos alaridos juntos en confusion, y al punto me pareció eran demonios, que hacían aquel sentimiento, porque debia de llegar el mensajero, con recado para que viniésemos á Granada, y en esta imaginacion crecieron tanto los alaridos que oía, que me comencé á desfallecer el natural, y así debilitada me llegué á la madre priora, que estaba cerca de mí, y ella, pensando que era flaqueza, comencé á pedir algo que comiese.

13. Yo haciendo señas, dije, que dejasen aquello, y mirasen quién llamaba al torno. Fueron, y era el mensajero, que traía el despacho para que nos partiésemos.

14. Luégo comencé á hacer tan terrible tempestad que parecia se hundía todo el mundo con agua y piedra, y á mí me dió tan gran mal, que parecia me moria: los médicos, y todos los que me veían, tenían por imposible poderme poner en camino, porque eran recísimos los dolores y turbaciones sobrenaturales que padecía, y esto me hacia tener más ánimo, y dar más priesa para que se tomasen las bestias, y todo lo que era menester para venirnos estotro dia, que este siguiente á la noche que el mensajero vino, era domingo, y por el mucho mal no pude oír misa, aunque estaba el coro bien cerca de la celda.

15. Con todo nos partimos el propio lunes, á las tres de la mañana, con mucho contento de todas las que venían, que les parecia se habia de servir nuestro Señor mucho en su camino. Anduvimosle con buen tiempo, aunque de las tempestades pasadas estaba tal, que las mulas no podían salir dél. Llegamos hasta Daifuentes, tratando los padres que venían con nosotras, que era el padre fray Juan de la Cruz, y el padre fray Pedro de los Angeles y yo, qué medio tendríamos, para que el arzobispo diese licencia, y no estuviese tan récio en admitirnos.

16. Y esta noche (que era cuando llegamos á Daifuentes) oímos un trueno terribilísimo: cayó con él un rayo en Granada, en la propia casa del arzobispo, cerca de donde dormía: quemóle parte de su librería, y mató algunas bestias, y a mismo atemorizó tanto, que de la turbacion cayó malo. Esto dicen le ablandó, que no se acordaban en tal tiempo haber visto caer rayo en Granada.

17. Y este mismo dia el que tenía alquilada la casa al padre vicario, en que habíamos de entrar, se quitó de la palabra, y escritura que habia hecho á don Luis de Mercado, y al licenciado Laguna diciendo, que no sabía era para monasterio cuando la dió; mas que ahora que lo sabía, que no saldria della él, ni mucha gente que estaba en ella, y así lo hizo, que no fueron parte estos señores, que de secreto nos hacían merced, ni cincuenta mil ducados que le daban de fianzas para que la desembarazase. Como supieron estábamos tan cerca, que de